



SERMON

QUE POR ENCARGO DE LA EXCMA. DIPUTACION DE BIZCAYA
PREDICÓ EN LA BASÍLICA DE SANTIAGO DE BILBAO, EL DÍA 31 DE JULIO DE 1890,
EL SR. D. JUAN JOSÉ DE LECANDA.



Al ocupar hoy este sitio, amados hermanos, al ocupar este sitio por atenta invitacion de vuestra Excma. Diputacion Provincial, permitidme que yo dé suelta á sentimientos que en este momento vivisimos renacen en mi corazon, á recuerdos que, sin que lo pueda remediar, en mi mente surgen distintamente. Ah, si; yo le hablé, como sacerdote, al pueblo de Bilbao, por primera vez, desde este mismo púlpito, desde este propio lugar, y retrocedo más por la série de mis años, y veo que en este bellissimo templo levantado gallardamente por el genio del Cristianismo y embellecido ahora por vuestra munificencia fué donde recibí mi primera Comunion, acto que deja en las almas jóvenes recuerdos gratisimos é imperecedera memoria, y ahí, en esos confesonarios y bajo estas bóvedas insignes se formó mi corazon en el troquel de la idea cristiana. ¡Cuántos ensueños de mis primeros años están á este templo vinculados! Con cuánta delectacion de mi corazon apasionado por las artes, al seguir desde el año 1867 las obras de embellecimiento y restauracion de esta Basílica, he dicho apropiándome unas palabras del Cantor de los Salmos: «Yo he amado, Señor, el decoro de vuestro templo y del lugar que habeis escogido para hacer ostentacion de vuestra gloria.» (Salmo XXV. v. 8.)

Pero perdonadme, mis oyentes, perdonadme; que advierto que apénas he comenzado á hablar y ya divago y me desconcierto: ricos en emociones íntimas estos momentos solemnes, me han llevado ellos, de pronto, á dar expresion á pensamientos que á nadie más que á mí tocan y que á vosotros en manera alguna os interesan.

Vengo á la rica y culta y populosa capital de Bizcaya, llamado por vuestra Excma. Diputacion, desde una ciudad celebérrima que descansa solo en su glorioso pasado y que solo de recuerdos vive; y entre esos recuerdos los tiene interesantísimos del Santo cuyo culto nos ha traído aquí á todos esta mañana. En el modesto paraninfo de lo que fué famosa universidad de Alcalá está escrito este nombre: *San Ignacio de Loyola*, al lado de otros muchos nombres en santidad, en letras ó en ciencias esclarecidos, que estudiaron en las cátedras de aquella casa que, valiéndome de una expresion bíblica, pudiera decir antonomásticamente que edificó para sí la ciencia. (Prov. IX. v. I.) Allí está tambien el hospital de Antezana, donde en humilde y devotísima capilla se leen estas palabras: «Aquí vivió San Ignacio de Loyola.»

Fuerza es, pues, Excma. Diputacion y todos vosotros mis oyentes, que del riquísimo venero de la historia de su vida portentosa saque sola y exclusivamente materia para mi breve oracion de esta mañana.

No quedará de mi parte nada por poner con el fin de que no aparezcan como ajadas y deslustradas y oscurecidas en mi sermon glorias purísimas é inmarcesibles y hechos inmortales y virtudes fragantísimas y acrisoladas, pero tengo muy presente aquello que dice San Agustín comentando á San Pablo: si los buenos pensamientos no precedieran á las buenas acciones, estas serian nulas. Y escuchad, añade, lo que de esos pensamientos dice el Apóstol escribiendo á los de Corinto: «no somos capaces de pensar algo por nosotros, como de nosotros mismos, sino que toda nuestra suficiencia es de Dios.» (Ex lib. de gratia et libero arbitrio, cap. IX.) Ríndase, pues, hermanos míos, de plano, nuestro amor propio; reconozcamos nuestra insuficiencia y acudamos en demanda de la gracia divina y vénganos esta por conducto de la Santísima Virgen á quien la invocaremos con las palabras con que la saludó el Arcángel.

Ave-María.

Designavit, Dominus, etc.

Excma. Diputacion y todos vosotros mis oyentes: el evangelio que

se acaba de leer en el altar, tomado del principio del capítulo décimo del libro de San Lucas, dice al pié de la letra lo siguiente: «En aquel tiempo, señaló tambien el Señor otros setenta y dos discípulos y los envió pareados delante de sí á cada ciudad y lugar á donde él habia de venir, y les decia: «la miés ciertamente es mucha, mas los trabajadores pocos; rogad, pues, al Señor de la miés que envíe trabajadores á ella. Id: he aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos. No lleveis bolsa, ni alforja, ni calzado, ni saludeis á ninguno por el camino. En cualquiera casa que entráreis, primeramente decid: Paz sea á esta casa, y si hubiere allí hijo de paz, reposará sobre él vuestra paz, y si no se volverá á vosotros, y permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo lo que ellos tengan, porque el trabajador es digno de su salario. No paseis de casa en casa, y en cualquiera ciudad en que entráreis y os recibieren, comed lo que os pusieren delante y curad á los enfermos que en ella hubiere y decidles: Se ha acercado á vosotros el reino de Dios.»

Hé aquí, señores, cómo el evangelio que la Iglesia ha asignado al oficio de este día nos da el carácter distintivo, la nota saliente, el sello del destino altísimo y providencial que debia llenar en la tierra San Ignacio de Loyola. No hay historiador sincero, ni sabio pensador, ni escritor serio, ni crítico distinguido, por muy separado que esté de la Iglesia de Jesucristo, que no reconozca la grande importancia que en la historia tiene San Ignacio de Loyola: todos ellos de grado ó por fuerza vienen á reconocérsela de plano y ven en la fundacion de la Compañía de Jesús un apoyo firmísimo que recibió el Papado y que vino á sostenerlo con denuedo, cuando esta institucion atravesaba por una prueba tremenda en su existencia de diez y seis siglos.

Pero nosotros que, por grande dicha nuestra, hablamos el lenguaje de la fé y estudiamos la historia á la luz de la revelacion divina decimos algo más, vemos más que los que van á tientas, dejándose guiar por sola su razon natural. San Ignacio de Loyola es para nosotros un hombre designado por el dedo de Dios, y enviado allá á donde quiera que hubiese de acudir Él luego con una especialísima gracia de sus divinos auxilios en tiempo oportuno. «*Designavit Dominus et alios septuaginta duos et misit illos in omnem civitatem et locum quo erat ipse venturus.*»

Veámoslo, oyentes míos: seguid prestándome un poco vuestra atencion benévola. Al desquiciarse el podrido edificio del Imperio

Romano, cuando el hombre se hallaba, por decirlo así, embrutecido, á causa de tantos siglos de paganismo esencialmente corruptor y grosero, cuando el culto de la naturaleza y de las formas sensibles y de la belleza plástica habia echado raíces profundísimas en el humano corazon y era ya necesario de toda necesidad vivir la vida refrigerante del espíritu y que se elevara la humana inteligencia á la concepcion de las cosas superiores á la materia y aniquilar, en cierta manera, á esta; designó el dedo de Dios dos hombres, San Antonio y San Hilarion, que establecieron y reglamentaron la vida cenobítica, y vino detrás el espíritu de Dios, inflamó los corazones y se poblaron de anacoretas la Tebaida y la Libia y la Siria y la Palestina; aquellos países, puntualmente, donde hasta el ambiente mismo que se respira parece que incita á la voluptuosidad y al deleite; para que como espectros ambulantes salidos del fondo de los sepulcros, hiciesen que el hombre que poco antes no levantaba su mente de la tierra, la tuviese sin cesar fija en el cielo. «*Designavit, etc.*»

Vamos á dar un paso más en el camino de la historia. Al bote de las moharras de sus lanzas, los Bárbaros del norte apagaron la lumbre de la civilizacion antigua; bajo las ruinas de la devastacion material del mundo romano se sepultó tambien el mundo de la inteligencia, quedó todo sumido en obscuridad tenebrosa é impenetrable, y entonces la Iglesia de Jesucristo, segun lo confiesan paladinamente sus más decididos adversarios, prestó á la humanidad uno de esos grandes beneficios que la ha dispensado en sus diez y nueve siglos de existencia con la implantacion de los institutos monacales; y nosotros, con el lenguaje de la fê, decimos que el dedo de Dios designó dos hombres, San Basilio en Oriente y San Benito en Occidente, que estableciendo y reglamentando la vida monástica hicieron renacer, al calor vivificante de la idea cristiana, nuevos elementos para la ciencia, para la cultura, para las artes, para la civilizacion. «*Designavit, Dominus etc.*» ¡Con qué veneracion, señores y hermanos míos, con qué respeto se descubre el viajero que va de Roma á la populosa Nápoles al divisar en su camino asentado majestuosamente sobre las estribaciones de los Apeninos el monasterio de Monte Casino, baluarte y cuna y asilo de la moderna civilizacion! Vengamos al siglo XIII: un número considerable de vasallos ha sacudido ya el yugo de sus señores; poderosas municipalidades en frente del poder feudal van apareciendo pujantes; las ciudades van haciéndose cada vez más populosas, rompiendo el

cercos con que almenados muros las oprimen y recogiendo en su seno numerosas familias por la emancipación que en las campañas se va efectuando; la industria y el comercio, cobrando pujanza, ofrecen cada día mayores medios de subsistencia y todo esto pide que la acción religiosa y moral sobre los pueblos de Europa se ejerza en más vasta escala; deben emplearse medios generales que obedeciendo á la iniciativa de uno, y libres de las trabas ordinarias y sujetos á un plan preconcebido, puedan llenar el objeto que les señalan las apremiantes necesidades de la época, y hé aquí cómo vienen á remediar esta necesidad las órdenes religiosas mendicantes, con el carácter democrático que las dá, no solo el reunir indistintamente en su seno hombres de todos los rangos sociales, sino su organización gubernativa tan á propósito para hacer eficaz su influjo sobre aquella democracia turbulenta y fiera que engreída con su naciente y cada vez más creciente libertad, no simpatiza con nada que presente formas aristocráticas y exclusivas; sobre aquellas muchedumbres á quienes ya tratan los sectarios de empujar por peligrosos derroteros. En el abside de la Basílica Lateranense se admira una de las obras artísticas más bellas de cuantas haya producido el pincel en nuestro día; representa á Inocencio III, de perdurable memoria, aprobando solemnemente en 1216 la regla de San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán, designados por el dedo de Dios para organizar falanjes numerosas de mendigos voluntarios, de celosos y ardientes defensores de los derechos de Dios, que desnudo el pié, rasurada la cabeza, baja la vista y burda túnica por toda indumentaria, recorriesen Europa toda, y Egipto y las Indias, inspirando desprecio de este mundo y afición á los bienes eternos. «*Designavit, Dominus etc.*»

Llegamos ya, hermanos míos, al siglo del Renacimiento, al siglo XVI, con el descubrimiento de la imprenta, poderosa para propagar las ideas, para la trasmisión del pensamiento con el descubrimiento del Nuevo Mundo, campo vastísimo al celo de los apóstoles y á las aventuras de los soldados, con la afición encendida á las letras profanas y á las artes suntuarias, con la Reforma protestante, vasta y formidable conflagración fraguada en el corazón del Imperio, contra el Pontificado y la unidad del símbolo. Los reformadores rompían el lazo más firme de unión entre los cristianos con la desobediencia al Romano Pontífice y con falsos alardes de pureza de costumbres oculto, dejaban el paso abierto á la más vergonzosa licencia; Dios misericordioso

so, en su adorable providencia, debía acudir al remedio de estos dos grandes males, y el remedio, en verdad, no se hizo esperar mucho....

El año 1491 había venido á la luz del mundo en la casa solar de los Loyolas, en Guipúzcoa, el que había de ser fundador insigne de la Compañía de Jesús, y, como dice un biógrafo suyo, las tres Provincias hermanas pueden repartirse la gloria de haber dado sangre y origen á varon tan esclarecido. Por línea paterna venía de los Oñaz y Loyolas, en Guipúzcoa; por la materna descendía directamente del solar de Licona, en Ondarroa de Bizcaya, y entroncaba con la ilustre casa de los Guevaras, en Alaba. En 1515 nació en Florencia Felipe Neri, aquel amigo cariñoso de Ignacio de Loyola, fundador del Oratorio, institucion que desde Roma rápidamente por Italia, por Europa y por América se propaga y llega á rehabilitar las costumbres, á poner un dique á la disolucion y á fomentar la piedad y la devocion cristianas en las ciudades populosas. Y aquí teneis estos dos hombres providenciales que afirmando la obediencia al Romano Pontífice el uno, y fomentando la frecuencia de los Sacramentos el otro, preparaban el camino á las bondades del Dios de las misericordias en los comienzos mismos de la tremenda rebelion luterana. «*Designavit, Dominus etc.*»

El año de 1519 lo señala un fraile sajón, Martin Lutero, con la más pavorosa de las rebeliones contra la Iglesia, con la proclamacion del libre exámen, como queda dicho; dos años despues, en 1521, cae gravemente herido Ignacio de Loyola en el castillo de Pamplona: esta desgracia, segun los cálculos humanos, había de ser el principio de inagotables bendiciones.

Al poco tiempo de esto abandona un día Ignacio su casa de Loyola: imbuido en el espíritu caballeresco de la época y lleno de santos designios el corazón, cuelga sus armas en Monserrat del altar de la Santísima Virgen, como las colgó, en otro tiempo, Guillermo de Aquitania del Sepulcro de San Julian en Briouda, y vela, ante el altar de la Señora, por veinticuatro horas consecutivas, segun los usos de la caballería, como caballero novel de un nuevo género de milicia que entonces abrazaba y en su romería á tan celebrado santuario, acordándose, tal vez, del voto de Suero de Quiñones de romper trescientas lanzas en el camino de Santiago, da rienda suelta á su corcel brioso para que, si era del agrado de Dios, siguiese la direccion que llevaba un moro blasfemo, su antagonista, en quien quería vindicar con su espada el honor ultrajado de la Señora sin mancilla.

Védle luego, hermanos y oyentes míos, védle, camino de Manresa, cubierto con tosco sayal, desprovisto de todo humano socorro, y en pobrísimo y miserable aspecto... ¿Dónde vas, de esa manera, valiente soldado, esforzado defensor de la plaza de Pamplona? ¿Dónde vas, caballero nobilísimo de Loyola? ¡Dónde, tú, apuesto, gentil, distinguido en tus maneras, que has soportado una operación quirúrgica dolorosísima en un pierna, solo por temor de quedarte cojo y no poder calzar tus ajustados y pulidos botines? ¡Ah, oyentes míos! ha resonado en su corazón aquella voz que dice á los enviados del Señor: «La miés es mucha y los operarios pocos. Id; yo os envío como corderos en medio de hambrientos lobos: no lleveis en vuestra jornada ni bolsa, ni alforja ni calzado, ni os entretengais con alguien en vanos cumplidos» y allá vá á sepultarse en la cavidad de una roca, á prepararse con la oración y la penitencia al cumplimiento de los grandes destinos para que le reserva la Providencia. En la cueva de Manresa compone su libro de los Ejercicios espirituales. ¡Ah, señores! Voy á sentar de plano una afirmación rotunda, que parecerá á algunos gratuita y atrevida en todo lo que se quiera, pero que es perfectamente verdadera, á saber: que el único remedio para los grandes males que aquejan á la sociedad está en los Ejercicios espirituales de San Ignacio. Pero, señores, si realmente no es mía esta afirmación, porque ya un Profeta había dicho: «La tierra desolada está con desolación, porque no hay nadie que entre á considerar dentro de su corazón las verdades eternas. (Jerem. c.XII v. 19.) El mismo Paganismo había escrito también en el frontispicio de uno de sus templos esta sentencia: *Nosce te ipsum*. Conócete á ti mismo, y vino San Agustín y cifraba las aspiraciones todas de su corazón ardiente en esta breve y compendiosa pero sapientísima oración: «Señor, que me conozca á mí y que os conozca á Vos.» Sí; hoy los sabios al uso lo estudiarán todo y no se preocuparán de estudiarse un poco á sí mismos; hoy, en esta época en que vivimos, hallaréis facilidades para adquirir toda suerte de humanos conocimientos y no os será fácil tener á mano el gran libro del propio conocimiento, los *Ejercicios de San Ignacio* y en esto está la raíz y el fundamento de todos nuestros males.

Funda, por fin, Loyola la Compañía de Jesús, esa *Caballería ligera* del ejército de la Iglesia, como se la ha llamado gráficamente y que está siempre en las avanzadas y á la descubierta en ese mismo ejército: Paulo III, al examinar sus estatutos detenidamente cuando se le

presentaron para la aprobacion, exclamó admirado: *Digitus Dei est hic*, aquí está ostensible el dedo de Dios. Instituto religioso al que, por uno de esos contrasentidos muy frecuentes entre nosotros tanto se le ataca y se le calumnia. Háblase mucho de amplitud de miras, de tolerancia incondicional, de igualdad ante la ley, de desarraigar rancias preocupaciones, y con la más vulgar de esas mismas preocupaciones se le señala á la ira y á la codicia de las muchedumbres baldías, para que sea el blanco de sus brutales apetitos. Que los Jesuitas son riquísimos, se les dice, que tienen grandes capitales en circulacion, que son accionistas de compañías mercantiles poderosas, armadores de buques, agiotistas expertísimos y unos maquiavelos en política, y en medio de todo ello, oyentes míos, solo hay acaso de real y positivo la observancia de la letra del Evangelio que se acaba de leer en la misa: «En cualquiera casa que entráreis, primeramente decid: Paz sea á esta casa, y si hubiere allí hijo de paz, reposará sobre él vuestra paz... y permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que ellos tengan, porque el trabajador es digno de su salario... y en cualquiera ciudad en que entraréis y os recibieren, comed lo que os pusieren delante, y curad á los enfermos que en ella hubiere y decidles: Se ha acercado á vosotros el reino de Dios.»

El año 1556, muere Ignacio de Loyola en la paz del Señor y nada le falta, despues de su muerte, de cuanto cumple á los hombres de la mayor celebridad. La Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, circunda presurosa su frente con la aureola de los santos; Roma, la capital del mundo, erige un rico y fastuoso altar de bronces y de mármoles en que descansan sus restos mortales esperando la resurreccion de la carne; Pedro de Rivadeneira, á quien el Santo recogió muchacho y á su lado cariñoso lo formó, es su biógrafo, modelo de pureza de lenguaje y de sinceridad histórica; la Compañía de Jesús difunde el espíritu del Santo Patriarca desde el extremo oriente hasta las auríferas playas de California y, por fin, esta tierra nuestra le cuenta entre sus más legítimas glorias, y tan mirada ella, tan considerada, tan sobria, tan parca hasta ahora en tributar honores á sus hijos, lo aclama por patrono y levanta en su honor ese suntuosísimo monumento de Loyola, llamado con mucha propiedad el *Escorial guízipucoano*.

He concluido, Excmo. Señor, y todos vosotros mis oyentes. Pero antes de bajar de aquí, yo quisiera formular una súplica en este día solemne, ante el Santísimo Sacramento, manifiesto en ese altar, pi-

diendo algo para esta nobilísima tierra de Bizcaya, tan digna de las bendiciones de Dios. Pero ¿he de pedir yo fomento para las artes, desarrollo para el comercio, nuevos horizontes para las ciencias, una buena administracion, una paz sólida y duradera, rios de oro ó raudales de riquezas y de preciados metales? ¡Ah, no! Tengo muy presente aquello del Evangelio: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.» (Mat. VI, v. 33). Sí, Dios mio, comunicad á estos paisanos míos verdadera sed de justicia, que busquen ante todas las cosas el reino de Dios, y todo lo demás dádselo, si les conviene, por añadidura. Que sean católicos sinceros decididos para que formen un pueblo culto, civilizado, próspero, feliz, venturoso. Porque, fijaos, hermanos míos, en un hecho histórico muy elocuente; hoy vemos que los pueblos se acercan, se aproximan al Catolicismo ó se alejan de él, en la misma proporcion en que se acrecienta ó se mengua su bienestar social y su material grandeza. Los pueblos latinos en que el espíritu católico languidece, se debilita, se extingue, decaen visiblemente en el concierto de las naciones, y Alemania é Inglaterra y los Estados Unidos de la América fuertes, prósperas, poderosas, señoras de los destinos del mundo y el Japon mismo, ven desenvolverse en su seno, con desarrollo nunca imaginado, la comunión católica, como si no pudiera correr sávia de vida exuberante en la incomunicación completa con la Cátedra de Pedro. ¡Ah! y si quisiera entrar en otro género de consideraciones, os diría que para hallar heroísmo, resignación sublime en la adversidad, consecuencia que raya en lo inverosímil, todas las virtudes cívicas, no las buscáseis tampoco fuera de los pueblos católicos. Al decir yo esto ya recordais con simpatía sin poderlo remediar á la heroica y desgraciada Polonia y á la oprimida Irlanda.

Obediencia ciega y firmísima al Romano Pontífice, hé aquí lo que proclamó San Ignacio de Loyola frente á la reforma protestante; fidelidad inquebrantable al Papa, acatamiento incondicional á sus enseñanzas, hé aquí lo que yo quiero y espero de todos vosotros, como bascongados de verdad, para que os pueda decir, por anticipado, con el Evangelio de hoy: «Se ha acercado á vosotros el Reino de Dios.» *Appropinquabit*, etc. Amen.

